

⇒ Ciencia, lengua e hispanidad en la construcción de la cultura nacional en Colombia, 1867-1880

Andrés Jiménez Ángel

Universidad de La Sabana, Bogotá, Colombia

Resumen: El propósito del presente artículo es mostrar cómo los principios teóricos y metodológicos del paradigma histórico-comparativo de la “ciencia del lenguaje” sirvieron de herramientas de legitimación y validación científica de las pretensiones de intelectuales y políticos colombianos de erigirse en intérpretes y vigías privilegiados de la “lengua pura” y del “bien hablar” como elementos configurativos de un discurso reaccionario formulado como respuesta a la amenaza percibida en los gobiernos liberales del llamado “Olimpo radical”.

Palabras clave: Ciencias del lenguaje; Lengua castellana; Hispanismo; Colombia; Siglo XIX.

Abstract: This article attempts to show how the methodological and theoretical principles of the historical-comparative paradigm of the “science of language” were instrumentalized by Colombian politicians and intellectuals to present themselves as privileged watchers and interpreters of “pure language” and “correct speaking”, two central elements of the conservative cultural reaction to liberal reforms during the so called “Olimpo Radical”.

Keywords: Science of Language; Spanish Language; Hispanism; Colombia; 19th Century.

Introducción

El apogeo y decadencia del radicalismo liberal en Colombia entre 1849 y 1880 estuvieron acompañados de la formación y consolidación de un contraproyecto nacional conservador tendiente a contrarrestar los efectos de las reformas liberales en materia política, administrativa, religiosa y educativa. Construido en gran parte sobre la base de la reivindicación del legado hispánico, dicho contraproyecto establecería la herencia colonial, en general, y la lengua castellana, en particular, como ejes de la cultura colombiana. La defensa de la moral cristiana, de la tutela de la Iglesia católica y de una estructura social jerárquica se complementaron así con una singular preocupación por la conservación de la unidad y la pureza de la lengua, reflejada en la profusión de textos gramaticales, lingüísticos, filológicos y literarios durante el último tercio del siglo XIX.

Entre sus autores se destacó un grupo de colombianos, encabezados por Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, cuyos trabajos gozarían de gran aceptación más allá de las fronteras nacionales y del ámbito cultural iberoamericano. La exitosa proyección nacional e internacional de estos intelectuales y de sus obras obedeció en buena medida a la apropiación de las herramientas teóricas y metodológicas de la “ciencia del lenguaje” construida en Europa occidental desde principios del siglo XIX.

Este artículo pretende mostrar cómo la recepción y apropiación del paradigma histórico-comparativo de la “ciencia del lenguaje” constituyó una estrategia de legitimación y validación científica de las pretensiones de varios miembros de esta comunidad de erigirse en intérpretes y vigías privilegiados de la “lengua pura” y del “bien hablar” como elementos configurativos de un discurso reaccionario formulado como respuesta a la amenaza percibida en los gobiernos liberales del llamado “Olimpo radical”.

El texto se inicia con un esbozo del proyecto nacional conservador y del papel central que en él desempeñó la reivindicación del legado hispánico, para referirse luego a la génesis de la comunidad intelectual que estructuró e impulsó el programa cultural que encarnó los ideales de dicho proyecto. En tercer lugar, se abordarán las relaciones que los miembros de esta comunidad establecían entre la lengua y la construcción de la nación como contexto para comprender su interés en conservar su unidad y pureza. Por último, el artículo se concentra en la forma en que algunos de estos intelectuales adoptaron elementos de la historiografía oficial y la retórica revolucionaria de la “ciencia del lenguaje” para legitimar sus pretensiones de controlar la lengua, y concluye con algunas consideraciones acerca del hispanismo en los debates culturales del siglo XIX.

1. El hispanismo en el proyecto nacional conservador

Las discusiones en torno al lugar que debía ocupar el legado colonial en la identidad histórica de las nuevas repúblicas americanas ocuparon un lugar central en los debates políticos, económicos, religiosos y culturales entre sectores liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX. El ascenso de los liberales al poder en Colombia en 1849 marcó la agudización de las disputas en torno al legado hispánico. Las reformas introducidas a partir de ese momento y radicalizadas durante las décadas de 1860 y 1870 tenían como propósito el establecimiento de un sistema económico, político y cultural inspirado predominantemente en los modelos británico y francés que permitiera una inserción más efectiva en el mercado internacional y en el “concierto de las naciones civilizadas”. Detrás de ellas estaba la convicción en la necesidad de romper con las estructuras coloniales como requisito para encaminar la república colombiana en la senda del progreso (Palacios/Safford 2002: 385). Este ambicioso proyecto apuntaba a una transformación estructural a través de la federalización del Estado, su separación de la Iglesia, la promoción de las libertades religiosas, de prensa y de enseñanza, y la implantación de un sistema de educación pública, gratuita, laica y obligatoria. Las reformas atacaban, así, las bases de una estructura política, social y cultural regida aún por las lógicas del sistema colonial.¹

Con la radicalización de las reformas liberales se fue agudizando también la reacción de algunos sectores conservadores que emprendieron la construcción de un contraproyecto de nación que reivindicaba la importancia de la tradición, la religión y la lengua heredadas de la colonia como bases para la construcción de la nueva nación.² En la base de este contraproyecto nacional se encontraba una interpretación de la historia colonial contraria a los diagnósticos que, en el discurso liberal, justificaban dichas reformas. Lejos

1 Para una visión de conjunto de los diferentes aspectos del llamado “Radicalismo colombiano” ver Sierra Mejía (2006).

2 Sobre el carácter esencialmente “reaccionario” del pensamiento conservador en América Latina ver Romero (1986).

de constituir un obstáculo para el progreso y la civilización, el legado colonial debía ser el punto de partida para el desarrollo político, social, económico y cultural. En su conjunto, la obra de España en América, a pesar de las fallas que los mismos conservadores reconocían, era concebida como el cumplimiento de una misión civilizatoria que la providencia le había asignado y que tras la emancipación debía ser asumida por las nuevas repúblicas. Como los individuos, afirmaba el payanés Sergio Arboleda,

tienen los pueblos su misión providencial, y parece que la de España fue descubrir un mundo, poblarle, y unir en él todas las razas con los vínculos de una sola lengua, de una sola historia y de una misma fe de caridad, fuente perenne de civilización, para designios que, hasta hace poco, se escondían a la escasa penetración del hombre y que hoy apenas se revelan (Arboleda 1951: 51).

Para Miguel Antonio Caro, uno de los más radicales defensores de la cultura hispánica en la historia colombiana, ni siquiera la independencia podía ser considerada como el fruto de influencias ajenas a la tradición cultural y política que se había difundido en Colombia a lo largo de los más de tres siglos de dominación española. “Políticamente hablando”, señalaba Caro,

el grito de independencia lanzado al principio de este siglo puede considerarse como una repetición afortunada de tentativas varias [...] que datan de la época misma de la conquista [...] Y cosa singular: luego que se afianzó por siglos en América la dominación de los Reyes de Castilla, cuando volvió a sonar el grito de independencia, fueron otra vez *españoles* de origen los que alzaron esa bandera (Caro 1881b: X-XI).

A través de sus escritos Arboleda y Caro junto a otros intelectuales conservadores fueron dando forma a esta visión de la historia neogranadina en clara oposición al discurso oficial liberal. Todos partían de la necesidad de reconocer la importancia de ese legado como parte fundamental de la identidad histórica colombiana, de esa “manera de ser” a la que se refería Arboleda, a partir de la cual sería posible “construir la república de conformidad con lo que somos física, social y moralmente” (1951: 46). De ella hacía parte integral, como lo mencionaba el mismo Arboleda, al lado de las “creencias y costumbres”, la lengua (52).

2. La lengua es patria: nación, civilización y tradición

La particular coyuntura resultante de la combinación de la reacción conservadora a las reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX, de la ofensiva de reconquista cultural impulsada desde la Real Academia Española –traducida en la promoción del sistema de academias correspondientes en América– y de las polémicas iberoamericanas en torno al papel del legado cultural español en la configuración de las nuevas repúblicas dio al interés de los intelectuales conservadores por este preciado objeto unas características particulares. La lengua castellana se convirtió en un eje articulador de los debates desarrollados en estos tres niveles adquiriendo un sentido específico en el marco del contraproyecto conservador. A través de sus escritos y discursos, una pequeña pero influyente

comunidad de intelectuales conservadores –los “intelectuales gramáticos”– gestada en torno a las iniciativas culturales y editoriales encabezadas por el bogotano José María Vergara y Vergara (*El Mosaico, Revista de Bogotá*) y que, desde 1871, sería el núcleo de la Academia Colombiana –primera correspondiente de la Real Academia Española (RAE) en América– fue construyendo una imagen particular de lo que era la lengua castellana históricamente, de su relevancia como elemento cohesionador de una naciente comunidad nacional, así como de los mecanismos que permitirían conservarla pura y uniforme. El cultivo de la lengua con esas características, procurando respetar siempre el estándar fijado por la RAE, se insertaba así en un programa hispanista articulado, sin embargo, con un propósito claramente americanista, traducido en el afán por encontrar una cultura auténticamente colombiana, ajena a toda imitación de modelos extranjeros y construida sobre la base de lo que para estos intelectuales constituía la –irrenunciable– identidad histórica de una antigua colonia española.

Como parte integral de esa identidad, la defensa de la integridad de la lengua era concebida como un acto de patriotismo y como muestra del reconocimiento de su importancia para el progreso de la cultura nacional. Este era el marco de referencia que justificaba la labor de los intelectuales investidos de la autoridad que les otorgaba su calidad de académicos. Reforzando la contundencia de sus afirmaciones con una cita de Schlegel, las consideraciones preliminares de Caro en su agudo ensayo “Americanismo en el lenguaje” reafirmaban este propósito:

“Considero el cultivo cuidadoso de la lengua patria”, dice Schlegel, “como sagrado deber en todo tiempo, é importantísimo privilegio de las altas clases sociales. Todo hombre educado debería hacer de ella el objeto de su atención y desvelos, procurando conservarla íntegra y pura, y hablarla, hasta donde le fuese posible, en toda su belleza y perfección” (Caro 1878: 3).

Esta asociación entre patriotismo y cultivo de la lengua al igual que la proyección de esta combinación a la empresa cultural de los intelectuales gramáticos era reforzada un par de líneas más adelante por el mismo Caro aludiendo al referente europeo –ante todo alemán, como el mismo Schlegel– y al vínculo entre lengua, ciencia y nación cristalizado en el desarrollo de la “ciencia del lenguaje”.

No sin razón se ha atribuido el calor del movimiento filológico que se inició en diferentes naciones de Europa á principios del presente siglo, á impulsos de patriotismo. Amenazados de absorción por las crecientes usurpaciones de la Francia conquistadora, los pueblos alarmados ó agredidos corrian, con instinto seguro, á abrazar los monumentos históricos y literarios, que sirven de columnas firmísimas á cada nacionalidad (Caro 1878: 3).

El cuidado de la lengua quedaba inscrito en la necesaria defensa de la verdadera identidad nacional frente a las nocivas influencias de culturas ajenas al espíritu que debía inspirar la cultura de la nación. La referencia a la amenaza francesa servía a Caro para mostrar la efectividad del recurso a la “ciencia del lenguaje” como mecanismo para la contención de su influjo en el caso alemán –la supuesta cuna de la filología y la lingüística modernas– como ejemplo a seguir en la lucha contra el afrancesamiento, de la que nos ocuparemos más adelante.

En consonancia con el empeño por perpetuar las tradiciones, reflejado en la pintura y la escritura costumbristas, la relación lengua-identidad-nación también se reforzaba apelando a sentimientos familiares asociados con la lengua patria. Caro se refería a la lengua como una “madre que nunca nos abandona, que nos acompaña en la desgracia y en el destierro, alimentándonos siempre con sagrados recuerdos, y halagando nuestros oídos con acentos de inefable dulzura” (1938: 3). Cuervo, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, subrayaba las múltiples facetas que presentaba esa triada en la cual la lengua servía como un eje transversal que unía las diferentes esferas de la vida social:

Nada en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente á la Patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de mas dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oracion aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolacion que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarillo popular evoca la imágen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias [...] De suerte que mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes (Cuervo 1867-1872: VI).

Con esto, Cuervo exaltaba e integraba la multiplicidad de afectos y sentimientos asociados con la lengua: los recuerdos de la intimidad del hogar se unían a las celebraciones populares y a las glorias nacionales gracias a la lengua. A esto se sumaba la comunidad lingüística que se había formado a lo largo de tres siglos de dominación colonial, dando a las nuevas repúblicas una base sobre la cual podrían reconstruir los lazos de solidaridad que fortalecerían la unidad a la que estaba llamada el continente.

Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden á conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas (Cuervo 1867-1872: VI-VII).

Cuervo explicitaba así las múltiples funciones sociales, culturales y políticas de la lengua poniendo de presente también la importancia de la defensa de su pureza y unidad, una tarea revestida, en su opinión, de un halo sagrado que la acercaba a la defensa misma de la religión. En este mismo registro definía Caro la dignidad superior que revestían los esfuerzos por proteger una lengua pura y uniforme. Caro hablaba de una “religión del respeto en materia de lenguaje” reflejada en el interés suyo y de sus pares por la gramática y por la conservación del habla y la escritura puras. El cultivo de la lengua se confundía así con el culto a ella, un “fuego sagrado” que había que atizar permanentemente para no desfallecer en la lucha contra los falsos patriotas defensores del positivismo (Caro 1878: 10). Fiel a su línea de argumentación y a la radicalidad de sus posiciones, Caro sacralizaba la defensa de la lengua y la incorporaba en su enfrentamiento integral contra los liberales. Así como la fragmentación de la unidad religiosa amenazaba con destruir uno de los pilares del orden social, la ausencia de unidad lingüística ponía en riesgo la existencia de la nación: “Que si la unidad de lenguaje ha sido siempre una bendición de Dios, un principio de fuerza incontrastable”, sentenciaba en 1874, “la multiplicación de dialectos ha sido a su vez, desde la ruina de Babel, castigo providencial, anuncio de debilidad y presagio de destrucción de naciones enteras” (Caro 1938: 4).

La continuación y extensión del legado español en América implicaba la necesidad de definir el lugar que ocupaba la lengua en el proyecto de construcción de nación. Los intelectuales gramáticos optaron por subrayar sus cualidades como manifestación y herramienta de civilización así como su superioridad frente las lenguas que coexistían con ella –las lenguas indígenas– y de aquellas que amenazaban con dañar su pureza –el inglés y, particularmente, el francés–. En cuanto al primer aspecto, fueron varios los textos y discursos de los intelectuales gramáticos que establecían un vínculo directo entre la lengua, la conquista y la evangelización. El marco general de esta triangulación había quedado institucionalizado desde el momento mismo en el que se escogió la fecha para la fundación de la Academia Colombiana, la misma también para la celebración de sus reuniones anuales: el 6 de agosto. En esa fecha, en el año de 1538, Gonzalo Jiménez de Quesada había fundado la que sería la capital de la república colombiana. En esa fecha, señalaba José Manuel Marroquín, se conmemoraban “los actos por medio de los cuales el cristianismo, la civilización y la lengua castellana tomaron posesión de nuestra tierra” (Marroquín 1879: 117). La simbología no se limitaba a la fecha. El mismo motivo había servido de inspiración para establecer el número de académicos. De acuerdo con el acta de la reunión del 10 de mayo de 1871, en la que se constituyó la Junta Preparatoria de la futura Academia Colombiana y se señalaron los lineamientos generales de su estructura y funcionamiento, se fijó en doce el número de académicos “como conmemorativo de las doce casas que los conquistadores, reunidos en la llanura de Bogotá el 6 de agosto de 1538, levantaron como núcleo de la futura ciudad” (Actas 1871: 14).

La simbología detrás de la elección de este representativo acontecimiento como referente para la fundación, estructura y futuras reuniones de la academia era rica en significados. Además de la autoproclamación de los académicos colombianos como sucesores de la labor civilizatoria española, la fundación de Bogotá servía para reiterar la profunda ruptura que había representado la llegada de los españoles en la historia colombiana. La conquista marcaba el inicio del proceso de civilización que los españoles habían liderado por casi tres siglos poniendo a lo que sería la Nueva Granada en la senda de un progreso desconocido en tiempos precolombinos. La identificación de esta fecha con “el primer destello de civilización” (Guzmán 1879: 196) descartaba de plano cualquier relevancia que el pasado indígena hubiera podido tener para la construcción de la nueva república. La verdadera historia nacional se presentaba, en la línea del hispanismo conservador, como heredera directa de las gestas españolas en América.

Esta convicción se reflejaba en la insistencia en la superioridad de la lengua castellana sobre las lenguas indígenas. En varios de sus textos algunos intelectuales gramáticos aludían a los atributos que dotaban al castellano de un potencial civilizatorio ausente en las lenguas aborígenes. En su discurso sobre la importancia del “espíritu español” en la configuración de la cultura nacional colombiana, el escritor cundinamarqués Diego Rafael de Guzmán negaba cualquier posibilidad de construir una literatura nacional a partir de las lenguas indígenas, en vista de la ausencia de creaciones literarias aborígenes que les hubieran dado forma:

de modo alguno podía ayudar el lenguaje indígena más elevado á constituir una literatura propia, siendo así que ese lenguaje carecía de fuerza por no estar pulido ni haber llegado á la calidad de lengua en que se hubiesen ejercitado los afectos: las Musas no habían vaciado en él sus delicadas concepciones; no se había dado en él una nota acordada á los ternísimos afectos del amor; no

había subido al grado eminente á que lleva el lenguaje el ánimo esforzado por la generosa pasión; no había copiado ningún encanto de la naturaleza, y siempre había enmudecido á las maravillas de la creación, condiciones todas estas que señalan la transición de una lengua al campo literario, y el tiempo en que puede ir infiltrándose en otras (Guzmán 1879: 204).

En la misma línea, Caro resaltaba la importancia de la existencia de una lengua culta construida a partir de la literatura como requisito para la construcción de una verdadera cultura. Su ausencia equivalía a la imposibilidad de llevar a cabo las tareas intelectuales necesarias para cultivar el espíritu y, por lo tanto, para alcanzar la verdadera civilización.

Si en vez de esta noble lengua neolatina, hablásemos la lengua mosca, ó cualquiera otra de las innumerables que pululaban en América antes de la conquista, vivas aún algunas de ellas, alumnas todas del uso, y no adornadas de gloria literaria, ¿podríamos orar y escribir, versificar, filosofar, discutir, como ahora á nuestro sabor y á nuestras anchas; y con pensamientos tan oscuramente concebidos cuanto confusamente expresados nos sería permitido, ni por asomos, ni en la esperanza, tomar parte en el concierto de la civilización moderna? ¡No, señores! Participación tan gloriosa, sólo se nos concede á condición de usar de una lengua clásica, la castellana (Caro 1881a: 45).

Esta percepción excluyente de la lengua y la cultura indígenas resulta ilustrativa de un marco interpretativo más general que fue imponiéndose en las últimas décadas del siglo XIX. A la visión romántica del pasado indígena promovida por los liberales de mitad de siglo se fue contraponiendo una concepción negativa tanto de las culturas aborígenes antes del descubrimiento como de las tribus indígenas contemporáneas, una concepción a partir de la cual se justificaría la renovación de las políticas misionales formalizada a través del concordato de 1887 entre la Santa Sede y un Estado colombiano que se serviría de la Iglesia como agente civilizador entre los pueblos indígenas.³

En cuanto a las lenguas extranjeras, la lucha contra lo que los intelectuales conservadores consideraban el “nefasto influjo” de la cultura francesa en materia literaria fue una extensión de los esfuerzos por contrarrestar los efectos de las doctrinas liberales asociadas con los ideales de la Revolución Francesa. La radical oposición a principios como la separación entre la Iglesia y el Estado, la laicización de la educación o la libertad de imprenta fue complementada por una no menos airada reacción contra la influencia de los modelos literarios franceses, especialmente de la novela romántica. Así, las libertades promulgadas por el ideario liberal eran percibidas como una amenaza a las bases del orden social y político defendido desde posiciones marcadamente tradicionalistas, y los motivos y estilos de la lengua y la literatura francesas eran identificados con la potencial decadencia moral de la sociedad. La literatura colombiana, para José Caicedo Rojas, “teniendo escasas fuentes donde beber, y eso como a hurtadillas, se ha abrevado en las cisternas cenagosas de la moderna escuela francesa, tan frívola en lo general, como dañina y pegadiza” (Caro 1879: 30). La corrupción de la lengua y la literatura implicaba, para Diego Rafael de Guzmán, “cierta relajación moral” que se habría podido evitar si se hubiera mantenido como referente la literatura de la época de los Austrias y no la literatura afrancesada heredera del reinado de los Borbones (Guzmán 1879: 215-216).

3 Ver Pérez (2008) y Restrepo (2006).

Bajo el término “afrancesamiento” y sus derivados se identificaban así todos aquellos elementos cuyo origen, para los intelectuales gramáticos, estaba en las ideas liberales de cuño francés. Había “afrancesados”, en política y religión, así como había afrancesamiento lingüístico y literario (Caro 1879: 275). La depuración y preservación de la lengua castellana como principal recurso para la construcción de la literatura que alimentaría la verdadera cultura nacional adquiriría así una relevancia mucho más profunda, que trascendía el simple afán correctivo de una generación de intelectuales-maestros. La insistencia en los vicios y carencias formales de la lengua francesa y la paralela exaltación de las virtudes y potenciales de la castellana, claramente ilustrada en “Afrancesamiento en literatura” (Caro 1920) –uno de los primeros textos de crítica literaria de Miguel Antonio Caro– así como la preocupación por contrarrestar “la invasión de la literatura francesa” (Marroquín 1879: 124) iban de la mano de la crítica a las fuentes y principios del proyecto liberal por parte de los intelectuales conservadores.

La verdadera civilización, para estos intelectuales, no provenía de la *civilisation* francesa, sino de los principios del evangelio que el castellano había contribuido a difundir en tierras americanas gracias al celo misionero de la corona, los conquistadores y los representantes de la Iglesia católica que habían llegado al Nuevo Mundo. Sus pilares no estaban en las promesas del progreso del ideario liberal sino en la reivindicación de una tradición encarnada en la lengua, a partir de la cual se habían producido los “tesoros” literarios españoles.

3. La apropiación de la “ciencia del lenguaje” y la construcción de la autoridad lingüística

Convencidos de la importancia de su aporte para la promoción de una lengua uniforme y pura, e interesados en controlar el principal recurso para la construcción de una cultura nacional, los intelectuales gramáticos se preocuparon por adquirir herramientas que les permitieran legitimar sus pretensiones hegemónicas sobre él. La mayor parte de ellos se dedicó a la redacción de diversos manuales escolares de gramática, ortografía o que recogían las reglas correspondientes establecidas por la tradición gramatical prescriptiva española representada sobre todo por la RAE y Vicente Salvá, desplazada poco a poco por la obra del venezolano Andrés Bello. Un grupo mucho más reducido, compuesto esencialmente por Rufino José Cuervo, Ezequiel Uricoechea, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, dedicó buena parte de su trabajo intelectual al cultivo y aplicación de las herramientas metodológicas y teóricas de la “ciencia del lenguaje”, un saber construido sobre la base del análisis histórico-comparativo del lenguaje, que para la segunda mitad del siglo XIX se había convertido en el paradigma dominante en los centros universitarios de Europa occidental.

La apropiación de la “ciencia del lenguaje” se enmarcó en un proceso de transferencia cultural complejo a través del cual estos intelectuales consiguieron fundamentar sus pretensiones hegemónicas con respecto a la lengua a partir de criterios “científicos” y “modernos”, desmarcándose de la tradición gramatical española –sin llegar nunca a desestimarla por completo– y posicionándose como los principales portadores de una forma de conocimiento de la lengua que había logrado construir una imagen de superioridad

frente a las formas de aproximación al lenguaje que habían dominado hasta el siglo XVIII (Morpurgo Davies 1998: 1-23; Auroux 2000).

Las estrategias utilizadas por Cuervo, Uricoechea, Caro y Suárez para validar sus trabajos y presentarlos como fruto de la aplicación de mejores y más adecuadas herramientas conceptuales y metodológicas fueron múltiples. Una de ellas consistió en presentarse a sí mismos como una extensión de la comunidad histórica de filólogos y lingüistas que, desde finales del siglo XVIII, habían contribuido al desarrollo y difusión de la “ciencia del lenguaje”. Para ello adoptaron varios elementos de la *fable convenue* que habían institucionalizado los recuentos históricos de la “ciencia del lenguaje” que se escribieron como correlato del progresivo posicionamiento de este saber en los sistemas universitarios europeos (Aarsleff 1982; Morpurgo Davies 1998: 15-19).

El primero de estos elementos fue la genealogía oficial de la disciplina, la “hagiografía convencional”, en palabras de Anne Marie Morpurgo-Davies. Se trataba de una sucesión de nombres de los grandes filólogos que habían contribuido a la construcción, desarrollo y consolidación de la “ciencia del lenguaje” (Morpurgo Davies 1998: 14). En su informe sobre los *Éléments d'idéologie* de Destutt de Tracy—escrito en 1870 por encargo del rector de la recién fundada Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia— el joven Miguel Antonio Caro construyó su aguda crítica de la tercera parte del texto de Tracy dedicada a la Gramática, recogiendo en sus rasgos esenciales apartes de esa genealogía oficial. Su argumentación estaba fundamentada en el pensamiento de dos grandes exponentes de esa “hagiografía convencional”: los alemanes Franz Bopp, uno de los padres fundadores de la gramática comparada, y Friedrich Max Müller, autor de las populares *Lectures on the science of language* que tanto contribuyeron a la difusión tanto del paradigma histórico-comparativo de análisis del lenguaje como de la *fable convenue*. Caro recurría a los nombres de Bopp y Müller como grandes representantes de la “Filología”, por oposición a Tracy, uno de los últimos exponentes de la tradición de la gramática general, cuyos presupuestos teóricos y metodológicos habrían sido superados por el paradigma histórico-comparativo impulsado por Bopp:

En estas observaciones seguiré especialmente a Franz Bopp en su monumental Gramática comparada de las lenguas indo-europeas, i a Max Müller en sus discursos sobre el lenguaje, leídos en 1861, con aplauso de un público selecto, en el real instituto de Lóndres. [...] Hombres no juramentados en ninguna escuela ni secta, consagrados exclusivamente al estudio de la lingüística, al citar yo a aquellos dos sabios alemanes, mas que apoyarme en lo que algunos llaman con desprecio argumento de autoridad, invoco a la Filología misma en sus mas calificados representantes (Caro 1870: 352).

El texto de Tracy, por el contrario, encarnaba ese antiguo paradigma superado por la “ciencia del lenguaje”: “Cuando M. Tracy escribió su Gramática general”, agregaba Caro, “la filología comparada estaba en mantillas” (1870: 351-352), sus *Éléments d'idéologie* eran, por lo tanto, obsoletos y su análisis de la gramática inválido. Con esto, al paso que reafirmaba su familiaridad con la “ciencia filológica”—demostrada ya con la primera edición de su *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano* (Caro/Cuervo 1867)— Caro lograba atacar con herramientas “neutrales” extraídas de las obras de dos figuras seminales de la historia de esa ciencia los cimientos de uno de los textos más representativos de la orientación filosófica del radicalismo liberal.

Otro ejemplo de esta instrumentalización de la “hagiografía convencional” lo encontramos en la segunda edición de las *Apuntaciones* de Cuervo. En ella, este bogotano retomaba la convención de la historiografía oficial de la “ciencia del lenguaje” que ponía el nombre de Bopp como fundador de este “nuevo” saber. La breve mención del desarrollo de esta disciplina incluida en el prólogo de las *Apuntaciones* seguía con Friedrich Diez, mencionándolo como el responsable de haber extendido el campo de aplicación del paradigma histórico-comparativo a las lenguas romances, y terminaba con Reinhard Dozy y Wilhelm Engelmann como los primeros en haberlo proyectado al estudio del castellano (Cuervo 1876: XXII).

La inclusión de esas pocas líneas relativas a la historia de esa nueva “ciencia de la verdad” (XIX) se enmarcó en el progresivo acercamiento de Cuervo a los presupuestos teóricos y metodológicos de la “ciencia del lenguaje”. La evolución en su forma de concebir el desarrollo histórico de la lengua, reconstruida detalladamente por el argentino Guillermo Guitarte a partir de las cuatro primeras ediciones de las *Apuntaciones* (Guitarte 1981, 1983), coincidió así con la apropiación de uno de los rasgos de la *fable convenue* europea como mecanismo para deslegitimar tradiciones gramaticales desuetas. En el caso particular de Cuervo en la segunda edición de las *Apuntaciones*, la exaltación de la “ciencia del lenguaje” sustentaba su crítica a los errores de los análisis etimológicos existentes, todos ellos inscritos en la tradición gramatical española (Cuervo 1876: XIX-XXI) que el autor de las *Apuntaciones* pretendía superar.

Otro elemento clave para la construcción de la autoridad lingüística de los intelectuales gramáticos, también extraído de la *fable convenue*, fue la retórica revolucionaria que caracterizaba los relatos de la formación histórica de la “ciencia del lenguaje”. Estrechamente ligada a la genealogía oficial, la exaltación de las virtudes del análisis histórico-comparativo del lenguaje constituyó una parte fundamental del discurso oficial de la disciplina (Morpurgo Davies 1998: 17-19). En su demoledor comentario sobre la obra de Tracy, Caro aludía a la importancia del carácter empírico que debía revestir todo análisis lingüístico, un rasgo central del paradigma histórico-comparativo: “No concibo que pueda tratarse esta materia [la Gramática] sin las luces de la filología comparada: más digo; es la filología misma despojada de la documentación lingüística i revestida de fórmulas filosóficas” (Caro 1870: 351). Tracy, uno de los últimos representantes de la Ideología francesa y de una concepción de la gramática derivada de la especulación filosófica en nada se acercaba, en opinión de Caro, a los nuevos estándares de validez de las hipótesis acerca del lenguaje: “Qué ha podido resultar de todo esto”, concluía Caro, “lo comprenderá cualquiera. Ha resultado un conjunto de errores, de fantásticos asertos i de increíbles contradicciones” (352).

En sus “Estudios filológicos”, publicados en 1874, Cuervo seguía una línea argumentativa similar que hacía depender la validez de las etimologías de un análisis histórico-comparativo sobre la base de un amplio material empírico: “Ya, pues, se ha desacreditado el método de hallar los orígenes de las voces por la mera semejanza material [...] y carecerá de aprecio toda especulación etimológica en que se prescindiera de los antiguos monumentos de la lengua a que se refiera y del examen comparativo de las formas” (Cuervo 1938: 51). Sobre estos principios metodológicos, Cuervo analizaba las transformaciones de la forma “he” a partir de pasajes de textos de diferentes periodos de la literatura española y colombiana como *Gesta del Cid*; *Libro del buen amor* de Juan Ruiz; el *Cancionero* de Baena; *Sacrificio de la misa*, *Vida de Santo Domingo de Silos* y *Vida de San Millán* de

Berceo o *La celosa de sí misma* de Tirso de Molina y *La reina del campamento* de Jorge Isaacs y *Apuntes de un viaje por el Sur de la Nueva Granada en 1853* de Santiago Pérez. Con esto, buscaba refutar las opiniones equivocadas de Ramón Cabrera y su *Diccionario de etimologías de la lengua castellana* de 1837, de Tomás Antonio Sánchez de Uribe y la de “una gramática cuya autoridad es de lo más respetable” (Cuervo 1938: 54), todos ellos representantes de la tradición gramatical española.

De comentarios similares se serviría seis años más tarde el antioqueño Marco Fidel Suárez. Al poco tiempo de haber llegado a Bogotá y con apenas veinticinco años de edad, Suárez logró abrirse un lugar en la comunidad de intelectuales gramáticos con su *Ensayo sobre la Gramática Castellana de D. Andrés Bello*, que lo hizo merecedor de uno de los dos premios de primera clase que se otorgaron con ocasión del centenario del nacimiento del venezolano. En la parte introductoria de su ensayo Suárez reproducía la contraposición de los vicios de la aproximación especulativa asociada a los ideólogos franceses con las virtudes del verdadero análisis científico de la lengua derivado de la aplicación del paradigma histórico-comparativo. Entre otros aspectos, Suárez subrayaba, por medio de las metáforas botánicas tan recurrentes en la “nueva” tradición de la “ciencia del lenguaje”⁴, las afinidades entre la “ciencia del lenguaje” y las ciencias naturales para exaltar la superioridad de la primera en su forma de abordar el estudio del lenguaje, el cual, como cualquier otro fenómeno, debía ser objeto de “observaciones, clasificaciones y teorías de una verdadera ciencia natural”. El estudio de las lenguas particulares, por su parte, debía complementarse con el estudio de “los otros ramos de este árbol inmenso”. La misma asociación con la naturaleza y su estudio era retomada para resaltar la importancia del análisis histórico de los orígenes de la lengua. En un claro distanciamiento de la tradición gramatical española, Suárez insistía en que la verdadera tarea de la gramática consistía no en la prescripción idiomática sino en “sujetar al análisis científico el más admirable de los fenómenos después del pensamiento, el de estudiar ese ‘suelo sagrado’ con la misma atención, con el propio cuidado con que estudian el naturalista y el filósofo la tierra que nos sustenta, los astros que nos dan su luz”. Solamente dentro de estos parámetros llegaría la gramática a ser verdaderamente “teórica”: “[...] al transitorio interés de simple arte del bien hablar agrega un carácter excelso, el carácter de ciencia; y redobra así su alcance, porque va servida de algo más que la aislada observación que discrimina lo correcto de lo incorrecto” (Suárez 1881: 420).

Estos mecanismos de distanciamiento de la tradición gramatical española y de crítica de la gramática general eran complementados con la inserción explícita que hacían estos intelectuales de su trabajo en la misma *fable convenue*. Este esfuerzo por presentarse a sí mismos como portadores y divulgadores del saber verdaderamente científico sobre la lengua se encontraba presente desde la primera edición de la *Gramática de la lengua latina* de Caro y Cuervo. El propósito de sus autores había sido doble: primero, redactar una gramática latina inspirada en textos representativos de la “ciencia del lenguaje” con el objeto, segundo, de difundir sus principios básicos a través de un libro de texto: “En su elaboración, si por una parte hemos procurado que armonice con el vuelo que ha tomado últimamente la ciencia filológica, para lo cual hemos tenido presentes las obras más acreditadas, por otra nos hemos propuesto allanarla al alcance de las inteligencias incultas” (Caro/Cuervo 1867: I).

4 Ver Hoenigswald/Wiener (1987: 3-113) y Kucharczik (1998).

Quien de manera más clara formuló estas pretensiones fue sin duda Cuervo en la versión revisada del prólogo que acompañó la segunda edición de las *Apuntaciones*: “[...] ha sido nuestro propósito”, señalaba Cuervo,

no quedarnos atrás de los que tanto impulso han dado á estos, teniendo constantemente á la vista sus obras, y tratando de embebernos en su doctrina; ojalá que, vulgarizada primeramente por nuestros imperfectos trabajos, produzca á su tiempo en nuestra Patria los frutos que ya ha producido en Francia, mostrándose nuestra gratitud á aquellos beneméritos extranjeros en una gloriosa emulación (1876: 23).

La “gloriosa emulación” consistiría no solamente en la apropiación y aplicación de las herramientas de la “ciencia del lenguaje”. Con ella, Cuervo se autoproclamaba, por un lado, como heredero y promotor de las glorias que el paradigma histórico-comparativo había alcanzado en Alemania y Francia y, por el otro, como portador privilegiado de un saber superior, reservado, parafraseando la expresión de Caro que acabamos de citar, a “inteligencias cultas” como la suya. La exaltación retórica de modelos extranjeros tan recurrente entre las élites latinoamericanas se hacía con un propósito concreto: presentarse a sí mismo como la encarnación del paradigma dominante en el estudio de la lengua en el espacio cultural hispanoparlante erigiéndose, junto con sus pares, en intérpretes y vigías autorizados de la lengua castellana.

Esta estrategia de legitimación no se limitaría a un ejercicio meramente retórico. La exaltación de las virtudes de la “ciencia del lenguaje” y el esfuerzo por insertarse en esa tradición en construcción estuvo acompañada de la efectiva apropiación de las herramientas teóricas y metodológicas del paradigma histórico-comparativo, lo cual permitió a estos intelectuales posicionarse exitosamente en el campo filológico y lingüístico europeo. Cuervo, una vez asentado en París, donde se dedicó prioritariamente a sus investigaciones sobre la lengua, sería quien mejor capitalizaría la aceptación de sus trabajos en la comunidad de filólogos y lingüistas. La conciencia de haberse convertido en el principal exponente de la “ciencia del lenguaje” en el ámbito iberoamericano derivada del recurrente reconocimiento al carácter “científico” de sus trabajos se traduciría en un grado tal de empoderamiento que lo llevaría incluso a cerrar unilateralmente su polémica con Juan Valera —uno de los principales representantes de la tradición gramatical y literaria española— en torno a la suerte del castellano en América.⁵ A este progresivo “desmarcaje” de la tradición española y la consiguiente construcción de una legitimidad cultural fundamentada en la “ciencia del lenguaje”, completamente ajena a esa tradición, se sumaría la monopolización del control de la lengua en Colombia. Lejos de haberse restringido a los círculos intelectuales bogotanos, los trabajos de los intelectuales gramáticos pasaron a formar parte de textos escolares desplazando a la RAE y al mismo Andrés Bello a partir de la década de 1880, es decir, a partir del triunfo del movimiento de la Regeneración encabezado por Rafael Núñez, cuya máxima expresión sería la constitución de 1886, concebida e impulsada por Miguel Antonio Caro.

⁵ Ver Romero (2004), Valle (2004) y Ennis/Pfänder (2009).

Conclusiones

La particular articulación de estos tres elementos –hispanismo, lengua y ciencia– ofrece varios elementos para reflexionar sobre las particularidades de la historia cultural colombiana del último tercio del siglo XIX, extensibles –*mutatis mutandis*– a la de otros países de la región. En primer lugar, el discurso identitario promovido en el marco de contraproyecto conservador presentaba rasgos que impiden reconocer en él un afán por hacer de la hispanidad una especie de *Leitkultur* monolítica como correlato de una restauración política afín a la que por esas mismas décadas se cristalizaba en la península ibérica.⁶ La decisión de adoptar la “lengua de Castilla” como marco de referencia para la fundamentación cultural de la contraofensiva conservadora solamente puede explicarse como parte del esfuerzo de los intelectuales conservadores de construir una cultura nacional alternativa a aquella impulsada por el radicalismo liberal en la que lo hispánico, si bien servía de modelo, era adaptado y armonizado en función de los intereses y aspiraciones de sus promotores. Si la lengua, como viene insistiendo la historiografía sobre el nacionalismo desde la década de 1980, constituye un vehículo para la construcción de la identidad nacional, la que estaba en juego era la lengua de Colombia, no la de España, y el impacto deseado apuntaba, antes que nada, al ámbito cultural colombiano, no al español.

Las limitaciones de esa supuesta tutela cultural española se hacen aún más evidentes cuando se analiza el proceso de recepción y apropiación de la “ciencia del lenguaje”. El reconocimiento explícito de la autoridad de la RAE contrastaba con el esfuerzo de Caro, Cuervo y Suárez por mostrarse como portadores de una forma de abordar el estudio del lenguaje que ponía en duda la validez de la tradición gramatical representada por la “academia madre”. Si bien Cuervo fue el único en “abjurar” del ascendiente cultural español de manera abierta e inequívoca, la preocupación de sus otros pares por inscribirse de una u otra forma en el paradigma histórico-comparativo dominante en los centros culturales europeos sugiere una actitud harto más compleja frente a la cultura de la antigua metrópoli de lo que tradicionalmente se ha asumido.

Todo esto, por último, obliga también a reevaluar la dicotomía modernidad-tradición con la que tradicionalmente se ha definido la hegemonía conservadora tras la derrota radical de 1880. Como lo han mostrado los trabajos de Óscar Saldarriaga (2004 y 2008) sobre la historia cultural colombiana de la segunda mitad del siglo XIX, el recurso a herramientas teóricas y metodológicas de las ciencias del lenguaje inscritas en lo que Michel Foucault ha definido como la “episteme moderna” por parte de, por ejemplo, Miguel Antonio Caro, uno de los principales representantes del tradicionalismo colombiano, hace necesario mirar más de cerca la tensión entre lo “moderno” y lo “tradicional”, y reconsiderar la relación de mutua exclusión en la que se les ha inscrito.

6 Esta posición es defendida, entre otros, por Carlos Rincón. Refiriéndose a los elementos políticos que inspiraban las funciones y actividades de la Academia Colombiana, Rincón considera que “[e]n la década de 1880 la invención de tradición buscó establecer un nexo identificador indisoluble entre el país, la España de Felipe IV y la Restauración que siguió al derrumbamiento de la Primera República española” (2005: 138).

Bibliografía

- “Actas de la Academia Hispano-Colombiana” (1871). En: *Revista de Bogotá* II, 1, pp. 14-16.
- Aarsleff, Hans (1982): “Introduction”. En: Aarsleff, Hans: *From Locke to Saussure. Essays on the study of language and intellectual history*. Minneapolis: University of Minnesota Press, pp. 3-41.
- Arboleda, Sergio (1951): *La república en la América española*. Bogotá: ABC.
- Auroux, Sylvain (2000): “Introduction. Émergence et domination de la grammaire comparée”. En: Auroux, Sylvain (ed.): *Histoire des idées linguistiques. Tome 3: L'hégémonie de comparatisme*. Sprimont: Éditions P. Mardaga, pp. 9-22.
- Caro, Miguel Antonio (1870): “Informe sobre los Elementos de Ideología por el conde Destutt de Tracy”. En: *Anales de la Universidad Nacional de los Estados Unidos de Colombia* 4, 22, pp. 306-396.
- (1878): “Americanismo en el lenguaje”. En: *Repertorio Colombiano*, I, I, pp. 3-21.
- (1879): “Olmedo. La Victoria de Junín. Cartas inéditas”. En: *Repertorio Colombiano*, II, X, pp. 272-281.
- (1881a): *Del uso en sus relaciones con el lenguaje. Discurso leído ante la Academia Colombiana en la Junta Inaugural de 6 de agosto de 1881*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos.
- (1881b): “Prólogo”. En: Fernández Piedrahita, Lucas: *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada. Edición hecha sobre la de Amberes de 1688*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, pp. III-XIII.
- (1920): “Afrancesamiento en literatura” [1867]. En: Caro, Miguel Antonio: *Obras completas de Don Miguel Antonio Caro. II Estudios Literarios, primera serie. Edición oficial hecha bajo la dirección de Víctor E. Caro y Antonio Gómez Restrepo*. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 18-35.
- (1938): “Introducción” [1874]. En: *Anuario de la Academia Colombiana 1874-1910*. Reimpresión con adiciones, Tomo 1. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 3-11.
- Caro, Miguel Antonio/Cuervo, Rufino José (1867): *Gramática de la lengua latina para el uso de los que hablan castellano*. Bogotá: Foción Mantilla.
- Cuervo, Rufino José (1867-1872): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá: Imp. Arnulfo M. Guarín.
- (1876): *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 2a ed.
- (1938): “Estudios Filológicos” [1874]. En: *Anuario de la Academia Colombiana 1874-1910. Reimpresión con adiciones*, vol. 1. Bogotá: Imprenta Nacional, pp. 51-71.
- Ennis, Juan/Pfänder, Stefan (2009): “La unidad de la lengua y la irrupción de la lingüística: el caso Cuervo”. En: *Revista Argentina de Historiografía Lingüística*, I, 2, pp. 175-194.
- Guitarte, Guillermo L. (1981): “El origen del pensamiento de Rufino José Cuervo sobre la suerte del español en América”. En: Trabant, Jürgen (ed.): *Logos semantikos: Studia Linguistica in Honorem Eugenio Coseriu, 1921-1981. I. Geschichte der Sprachphilosophie und der Sprachwissenschaft*. Madrid/Berlin/New York: Gredos/De Gruyter, pp. 435-446.
- (1983): “El camino de Cuervo al español de América”. En: *Philologica hispaniensia: in honorem Manuel Alvar. Tomo I: Dialectología*. Madrid: Gredos, pp. 243-318.
- Guzmán, Diego R. (1879): “Importancia del espíritu español en las letras colombianas. Discurso leído por D. Diego Rafael de Guzmán en la Junta Inaugural de la Academia Colombiana, el 6 de agosto de 1877”. En: *Repertorio Colombiano*, II, IX, pp. 196-225.
- Hoenigswald, Henry M./Wiener, Linda F. (eds.) (1987): *Biological metaphor and cladistic classification. An interdisciplinary perspective*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Kucharczyk, Kerstin (1998): *Der Organismusbegriff in der Sprachwissenschaft des 19. Jahrhunderts*. Berlin: Techn. Univ., Diss.

- Marroquín, José Manuel (1879): “Discurso leído por el Señor D. José Manuel Marroquín. Sesión del día 6 de agosto de 1879 de la Academia Colombiana”. En: *Repertorio Colombiano*, III, XIV, pp. 117-129.
- Morpurgo Davies, Anna (1998): *Nineteenth-century linguistics*. London: Longman.
- Palacios, Marco/Safford, Frank (2002): *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Pérez, Amada Carolina (2008): “Representaciones y prácticas sobre las tribus errantes: la construcción de la otredad en el proceso de redefinición de la política misional en Colombia. 1868-1902”. En: *XIV Congreso Colombiano de Historia. Tunja, 12 al 16 de agosto de 2008*, <<http://www.historiasenconstruccion.wikispaces.com/file/view/Redefinici%C3%B3n+de+la+pol%C3%ADtica+misional.pdf>> (10.10.2012).
- Restrepo, Nicolás (2006): “La Iglesia católica y el Estado colombiano, construcción conjunta de una nacionalidad en el sur del país”. En: *Tabula Rasa*, 5, pp. 151-165.
- Rincón, Carlos (2005): “La Atenas suramericana”. En: *Cuadernos de Literatura*, IX, 18, pp. 131-147.
- Romero, José Luis (1986): “El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX”. En: Romero, José Luis/Romero, Luis Alberto (eds.): *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2ª ed., pp. IX-XXXVIII.
- Romero, Mario Germán (ed.) (2004): *El castellano en América. Polémica con Juan Valera. Edición y prólogo de Mario Germán Romero*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Saldarriaga, Óscar (2004): “Gramática, Epistemología y Pedagogía en el siglo XIX: La polémica colombiana sobre los Elementos de Ideología de Destutt De Tracy (1870)”. En: *Memoria y Sociedad*, 8, 17, pp. 41-59.
- (2008): “Miguel Antonio Caro: la modernidad del tradicionalismo. Episteme y epistemología en Colombia, siglo XIX”. En: Domínguez Miranda, Manuel: *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Editorial Javeriana, pp. 1-40.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.) (2006): *El radicalismo colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Suárez, Marco Fidel (1881): “Ensayo sobre la gramática castellana de D. Andrés Bello”. En: *Repertorio Colombiano*, VII, XLII, pp. 414-427.
- Valle, José del (2004): “Lingüística histórica e historia cultural: notas sobre la polémica entre Rufino José Cuervo y Juan Valera”. En: Valle, José del/Gabriel-Stheeman, Luis (eds.): *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, pp. 93-107.